

OTROS SITIOS

LUBAANTÚN Y NIMLI PUNIT



Karl taube y yo fuimos a Lubaantún y Nimli Punit en el sur de Belice en 1983. Joann, la hija de Bob, nos había ido a visitar en Palenque con su nuevo jeep. Karl también estaba allí. Decidimos ir manejando a Belice y visitar los sitios en el camino —Xpuhil, Chicanná, Kohunlich y la Ciudad de Belice, y de ahí a otros sitios en Belice. Nos quedamos en el Hotel St. George, en la Ciudad de Belice, el cual era demasiado elegante para nosotros, pero Joann quería quedarse allí. Tratamos de convencerla de prestarnos su jeep, ya que no lo iba a usar, pero no hubo manera, no dejó que nadie lo manejara.

Terminé contratando una avionetita privada para que nos llevara a la villa Indian Creek, el lugar de aterrizaje más cercano a Nimli Punit. Era una caminata de solamente media milla (unos 8 kilómetros). Primero, claro está, teníamos que encontrar un lugar para quedarnos. No fue fácil, no habían hoteles. El único que pensamos que era un hotel, resultó ser un burdel, así que eso quedó descartado. Finalmente encontramos un lugar bastante primitivo para dormir, el cual no podría para nada llamarse hotel. La mayoría de los 25 monumentos en el sitio Clásico Tardío de Nimli Punit eran inmensos; el más alto, la Estela 14, tenía 17 metros de altura. Hicimos calcas de las estelas 1, 2, 14 y 15. El primer día, un niño de unos diez años llegó pidiendo ayudarnos. Lo dejamos ayudarnos limpiando el monumento en el que estábamos trabajando. Era tan bueno, y además no se quejaba de ir a traernos agua, que terminamos contratándolo. Para él, eso era mucho mejor que ir a la escuela. Lo llevábamos a su casa todos los días después de trabajar. Un día no llegó hasta que ya casi nos íbamos. Su madre dijo que él no podía continuar trabajando para nosotros, tenía que ir a la escuela.

Lo que era único de Nimli Punit y Lubaantún es que no usaron ningún tipo de mortero en las estructuras. Los bloques de piedra estaban cuidadosamente cortados para que ensamblaran justo en su lugar.

LAMANAI

Lamanai es un sitio muy interesante de Belice en donde también hice calcas, en la orilla occidental de la laguna New River, la cabecera del río New River. David Pendergast había estado a cargo del sitio desde 1974. Cuando estuve allí, en 1976, Stan Loten, un arquitecto amigo mío de Ottawa, y Elizabeth Graham (la esposa de David) también estaban allí, quienes hicieron infinitamente más agradable mi estancia en su campamento justo a la orilla de la laguna.

Había dejado mi coche en una casa de los menonitas, cerca del New River. Los menonitas son absolutamente honestos —gente maravillosa. Había dejado todas mi cosas que no necesitaría dentro de mi coche, frente a la casa de una de las familias. Los contraté, por una módica suma, para que me llevaran en bote río arriba, a través del hermosamente calmo New River, en donde cada curva abría nuevas vistas, nuevas aves y nueva vegetación. Era profundamente apacible.

La calca más interesante que hice en Lamanai fue de la Estela 9, los dos tercios superiores de una alta estela con una figura usando un gran tocado de plumas. Estaba intacta, y fue un deleite hacerla. Estar alojada con los Pendergast, con mosquitero en las ventanas, sentada entre buenos amigos, con un ronquito en la mano, será algo que nunca olvidaré.

CARACOL

Por más de 19 años, Diane y Arlen Chase han sido directores del enorme, muy publicitado y filmado sitio de Caracol. La expansiva construcción piramidal de dos cuerpos, con 48 metros de altura, conocida como Caaná, ha sido reconocida mundialmente por sus métodos constructivos y las modificaciones que ha tenido a través del tiempo. Arlen era uno de mis estudiantes en la Stevenson, quien ganó una beca total de la Universidad de Pensilvania, en donde también recibió su Doctorado y conoció a su esposa, Diane. Tienen un campamento perfectamente bien puesto, y fueron los primeros en usar paneles solares para abastecerse de



Diane y Arlen Chase con nosotros en Palenque

electricidad.

En 1987, los Chase me pidieron que fuera para hacer calcas de los monumentos. Algunos estaban tan erosionados, que en las fotografías no aparecían los relieves. Los Chase pensaban que las calcas podrían revelar algunos glifos. Nikolai Grube y yo debíamos estar allí al mismo tiempo, yo para hacer las calcas y Nikolai para ver si podía interpretar alguno de los glifos. El trabajar juntos funcionó realmente bien. Ed Kurjack y Rafael Cobos estuvieron conmigo haciendo ese trabajo.

EL PALMAR

Prácticamente en la esquina donde México, Belice y Guatemala se juntan, está el sitio El Palmar. Ed Kurjack, quien había estado haciendo mapeos satelitales para la NASA, pensó que era buena idea que, mientras hacíamos calcas en varios sitios de Yucatán y Quintana Roo, podíamos ir a El Palmar, en donde nadie había trabajado desde que Eric Thompson había estado allí. El gobierno mexicano estaba reubicando a campesinos de una región demasiado poblada de Tabasco en el área de El Palmar. Por seguridad de los documentos, pensamos que sería bueno



Ed Kurjack tomando fotos del altar de El Palmar



Tomando fotos del altar de El Palmar en la cancha de tenis de Joann

registrarlos.

Además de Ed y yo, estuvieron con nosotros Alejandro Martínez del INAH, Karl Taube, Louise Nevar y Juan Briceño. Inmediatamente comenzamos a buscar los monumentos que Thompson había encontrado.

Una buena parte del tiempo lo pasamos excavando el Altar 1, que no había sido registrado por Thompson. Entre todos cavamos una zanja de medio metro alrededor del gran altar para poder hacer las calcas de los glifos de la circunferencia. Los muchachos construyeron un soporte alto para que Ed pudiera colgarse desde allí y tomar una fotografía a ojo de pájaro. Después tomamos fotografías de la calca en la cancha de tenis de Joann Andrews en su casa de Mérida.

Un día iba pasando un convoy de jeeps del ejército. El último jeep en pasar se quedó varado en el lodo y no podía salir. Nuestros hombres les ayudaron a sacar el vehículo del lodo. Los soldados estaban tan agradecidos que querían pagarnos, adivinen cómo —con un saquito de marihuana. Les agradecemos la intención pero, dijimos que no.

CALAKMUL

En 1982 llevé a mi amigo, el arquitecto John Bolles de la Carnegie Institution a Calakmul y La Muñeca. John había hecho el mapeo de Yaxchilán, Calakmul y Chichén Itzá. John tenía, desde hacía mucho tiempo, ganas de regresar a La Muñeca, pero no habíamos podido dar en cómo llegar ahsta allá, hasta que Alfonso Morales encontró a alguien que sabía dónde estaba un camino de leñadores que entraba



John Bolles, el arquitecto de la Carnegie, mi amigo



Ben Bolles, el nieto de John

al sitio. Teníamos dos safaris, una sierra eléctrica con motor portátil, y nosotros nueve —John, su joven esposa Gail, Juan Briceño, nuestro guía, su hermano, Bill Lende, quien estaba financiando la expedición, Alfonso y Berto Morales, y Chenko Cruz Guzmán. No había un camino formal en esa época que fuera a Calakmul, solo una ruta que pasaba por los altos pastizales de la sabana, luego, a través de unas ciénagas que tapaban los rines de los autos. Todo el tiempo estábamos cortando enormes árboles que se habían caído sobre el camino. De pronto, después de lo que pareció un interminable camino de a través de la selva, John dijo: “da vuelta a la izquierda, 15 metros más, alto.” Allí estábamos. Cómo supo John, jamás lo entenderé, ya que habían pasado 50 años desde que había estado allí.

Dijo John que se veía exactamente igual excepto por algunos árboles que se habían enredado completamente sobre los monumentos. Tendimos el campamento en las ruinas y algunos prepararon la cena en lo que John caminaba por los alrededores, y yo hacía una calca antes de que oscureciera.

Juan Briceño, su hermano y Chenko se habían levantado muy temprano, habían ido a buscar carne para comer ese día. Al salir de mi tienda, los vi llegar cargando un pavo ocelotado y dos faisanes crestudos, todos en peligro de extinción. Me quedé helada. Para ellos era sólo comida, pero qué lástima. Quitaron las plumas del lomo del guajolote en una sola pieza, bastante grande, de unos 60 centímetros, hermosa. Azules iridiscentes, verdes, y dorados. El daño ya estaba hecho, así que no iba



Chencho con el pavo ocelotado

a dejar esas magníficas plumas en el suelo. Las puse en mi tienda y me las llevé de regreso a Palenque, en donde estuvieron sobre la mesa de la biblioteca durante dos años.

Cuando me mudé a San Francisco, en 1982, al año siguiente de la erupción del volcán El Chichón, las puse hasta arriba de mi maleta y las cubrí con una toalla para protegerlas. Se me había olvidado que estaba absolutamente prohibido traer cualquier tipo de plumas a los Estados Unidos. Jamás habían habido ningún tipo de garrapatas o ácaros en ese perfecto plumaje, por lo que en realidad no había hecho ningún daño, solamente que no debieron haber sido traídas al país. Las tenía sobre la mesa en mi sala de San Francisco, cuando un amigo me preguntó cómo había hecho para traerlas. No fue sino hasta ese momento



Cortando nuestro camino hacia Calakmul con una sierra de motor

que me cayó el veinte. Ahora las tengo en una gran caja de cristal colgadas en la pared con iluminación especial. Están tan hermosas como el día que aquella oronda ave las lució abiertas en la selva.

Al día siguiente sí llevamos a John a La Muñeca. El fue quien descubrió el sitio, y alguien había escrito un artículo diciendo que el templo de La Muñeca había sido construido con arco completo. John recordaba muy bien ese templo, y no podía creer que tuviera arco completo. Lo tenía que ver con sus propios ojos. Para ir allá, seguimos las lodosas huellas que había dejado un camión de leñadores en la selva. De nuevo, John de pronto dijo: "Alto. A unos seis metros adelante está el templo." Cómo lo supo, de nuevo es un misterio. Tuvo gran dificultad en subir al templo, con su bastón y la pierna mala, pero estaba absolutamente determinado a hacerlo. Por supuesto tenía razón. El templo tenía arco maya, no un arco completo. Bajó del templo como en resbaladilla, de trasero, pero la cara de ese hombre brillaba de contento y felicidad.

QUINTANA ROO

Xcaret es un pequeño sitio, al lado de una caleta rocosa en la costa este de Quintana Roo, a la orilla del mar, en la laguna de Chacalal. Probablemente era el antiguo puerto maya de Polé donde salían embarcaciones a la Isla de Cozumel. Anthony Andrews, quien había trabajado en todos esos sitios de la costa, llegó a contar hasta 38 capas de estuco en uno de los dinteles de un pequeño templo junto al mar. Cuando estuve allí, en 1985, pude contar a simple vista nueve capas, pero cuando en 1987 estuve registrando las pinturas y el grado de destrucción de las estructuras para la *National Geographic*, pude contar con mi lupa todas y cada una de las 38 capas de Tony. Los colores variaban entre un fuerte tono de rojo ladrillo, anaranjado, y varios tonos de azul y amarillo.

Tancáh está también allí, pero no se ve desde el camino. Hay una estructura muy especial, el Templo de las Figuras Procesionales (Estructura 12), un pequeño templo que sale justo al camino, que tiene los restos de un hermoso mural al interior de la pared oeste. Un grupo de figuras en procesión marchan en la pared. Una de las figuras tiene una fina mano con sus uñas bellamente ciudadanas, y sostiene un cuenco azul.

Una vez, cuando Rocío González y yo íbamos manejando en el jeep hacia Chetumal, nos topamos con un enorme bulldozer removiendo tierra y ya dándole duro a la estructura. Rocío, una mujer chaparrita en shorts y



Rocío González



Jugadores arrodillados en el Marcador del Juego de Pelota de Copán

paliacate, saltó del auto y corrió hacia la máquina gritando al operador que parara. El hombre se bajó furioso con toda la intención de poner a Rocío en su lugar por interferir con su trabajo para la ampliación de la carretera. Ella sacó su credencial del INAH, y le dijo que si él no retiraba su maquinaria de aquella estructura maya cuando ella volviera, podía estar seguro de que se quedaría sin trabajo. Cuando pasamos de regreso, el camino rodeaba la estructura maya y esta se había salvado. Estoy esperando regresar allá para ver si ese bello altar sigue ahí, o si ya intervino el “progreso.”

COPÁN

Copán no está cerca al lugar que acabo de mencionar, pero no debo olvidar esta grandiosa ciudad, para mí, uno de los tres sitios ideales en los que los mayas construyeron sus ciudades —Palenque, Copán y Chinkultic. Todos tenían agua, valles fértiles donde se podía cosechar alimento, una localización que les brindaba

protección, hartos bosques, además de ser *per sé*, estéticamente bellísimas. La primera vez que estuve allí fue en 1953, cuando llevé conmigo a un grupo de cadetes militares de la Academia San Rafael. Se hicieron algunas calcas, pero la que a todos nos gustó más fue la del Altar Q, con todos los gobernantes de Copán en los bordes laterales.

El trabajo fue difícil en Copán porque muchas de las estelas están tan profunda y ricamente grabadas, casi por todos sus lados, que hacer las calcas era casi imposible. Las estelas en las que era posible hacer calcas, como las que tienen textos jeroglíficos, estaban tan cubiertas de líquen que era muy difícil trabajar en ellas. Así que el líquen tenía que quitarse. Varios días de árdua labor ayudaron para que pudiéramos quitar gran parte del líquen. Hice calcas de 16 de los bloques con glifos en la Escalinata Jeroglífica. Los tres Marcadores del Juego de Pelota fueron el trabajo más hermoso que hice en Copán. Me llevó tres días hacerlos en papel de morera, eran tan delicados —quedaron divinamente.

RÍO USUMACINTA AL ANOCHECER

Al hablar de gente maravillosa, recuerdo la ocasión en que bajaba por el Río Pasión de Sayaxché a Yaxchilán con siete de mis estudiantes de la Escuela Stevenson. Próximos al ocaso del día, estábamos en la unión de los ríos Pasión y Usumacinta. Una hora más tarde en la lancha, llegamos a la orilla en plena oscuridad. Todo negro. Nos habían dicho que trepáramos por la empinada loma hacia donde vivía un amigo. Cuando llegamos la familia ya dormía, pero vinieron a la puerta a recibirnos, nos hicieron pasar, pusieron chocolate caliente para todos, nos cedieron sus camas y se mudaron afuera, al cobertizo para el maíz. No lo podía yo creer. Eramos simples desconocidos, ciertamente huéspedes sin invitación. Nos hicieron una maravilloso desayuno antes de que continuáramos nuestro camino a la mañana siguiente.

De regreso en la Escuela Stevenson, se les pidió a los estudiantes escribir un reporte acerca de nuestra expedición. El estudiante que debía entregar el reporte no habló de todos los sitios mayas que habíamos visitado, ni del trabajo que me habían ayudado a hacer. Sino de aquello que más lo había impactado, esa ocasión cuando la familia junto al río, a media noche, nos abrió las puertas de su casa, y siendo totalmente desconocidos, nos dieron de comer y nos cedieron sus camas. Terminó su escrito diciendo que si un montón de extraños llegara a su casa a media noche, especialmente unos que parecieran tan estrambóticos y abandonados como nosotros seguramente lucíamos, su mamá les hubiera cerrado la puerta en la cara.



Con mi Volumen I de Palenque

PALENQUE



Creo que ya es tiempo de saltarme, por ahora, muchos otros sitios mayas en los que trabajé, e ir a Palenque. La primera vez que fui a Palenque, en 1962, no habían calles pavimentadas, solo una vereda de lodo cerca del centro del pueblo. No había alumbrado en las calles, solamente un hotel (el Le Croix), solamente una tienda, la de Socorro Córdoba, que vendía productos básicos como sal, huevos que traían a caballo (cada huevo envuelto y atado en hoja de maíz), cerillos, harina y manteca de cerdo. Y había sólo un restaurante, un sitio con mosquitero en el que ofrecían huevos, café y tortillas.

Palenque era el centro de mucho de lo que sucedía, y también el lugar base de donde partieron muchas de las expediciones de calcas, fotografías y lluvia ácida a partir de 1964. Por aquella época, y ya desde antes, sabía que iba a dedicar mi vida al arte de Mesoamérica, donde quiera que mi campamento fuera a estar. El gobierno de Guatemala nos había ofrecido un terreno ya fuera en el Río Pasión o en la pequeña isla del Lago Petén, al este de la Isla de Flores, y lo estuvimos considerando por un tiempo, especialmente lo de la isleta. Pero Bob y yo seguíamos regresando a Palenque, nos gustaba muchísimo, y yo ahí me sentía como en casa.

Finalmente tomamos una decisión —Palenque. Fue en junio de 1970 cuando Bob y yo decidimos comprar una propiedad en Palenque y construir allí nuestra casa, un lugar de retiro, pero principalmente, un centro de trabajo para proyectos relacionados con el área maya. Nos asentamos en una propiedad que estaba entre la casa de Carlos Morales y un cuarto en el otro lado que le pertenecía a Moisés Morales. Cuando estábamos desayunando, mandamos llamar a Alejandro, quien era un constructor y el dueño de la compañía que vendía todos los materiales de construcción en el área. Se sorprendió de que nos hubiéramos decidido tan rápido. Dibujé un plano de la distribución y el tamaño de las habitaciones, pagué a Moisés por la propiedad y a Alejandro por el material, y me fui a Yaxchilán dos días después confiando en que todo se iba a llevar a cabo tal como dije.

Tres meses después volvimos, por el camino largo —Yaxchilán, Altar de Sacrificios, el Petexbatún, la Ciudad de Belice, Chetumal, Mérida y de ahí en tren a Palenque. Pedro y yo tuvimos que ir a ver al gobernador de El Petén para obtener visas y poder salir de Guatemala, ya que habíamos llegado por el Río Usumacinta,



Nuestra calle en Palenque —Calle Merle Greene

y nadie nos había revisado los pasaportes, estábamos en Guatemala de ilegales. Pedro, bendito sea, arregló eso con el gobernador, de modo que pudimos salir.

Cuando llegamos a la frontera de Belice con México, la situación fue muy distinta, aunque sí teníamos las visas correctas. Estaban por cerrar, el oficial a cargo dijo que teníamos que regresar a Belice y pedir que nos sellaran nuestros pasaportes allá. Eso nos hubiera significado dos horas de viaje en un camino terrorífico, y cuando llegáramos, las oficinas de migración ya estarían cerradas, por lo que tendríamos que pasar la noche allá y esperar a que abrieran las oficinas al día siguiente. Y luego las otras dos horas de regreso para llegar justo hasta donde estábamos en ese momento. Saqué un billete de diez dólares de mi bolsillo y le dije: “sé que esto es muchísimo trabajo extra para usted, y que usted ya quisiera llegar a su casa, pero me gustaría pagar por su amabilidad y gentileza de quedarse un poquito más de tiempo para que nos selle nuestros pasaportes.” Dos minutos más tarde, tenía los pasaportes en mi mano, *sellados*.

Cruzamos la frontera, pero entonces el problema fue encontrar a alguien que nos llevara con todo el equipo, que era bastante, ya que traíamos todas nuestras cosas de Sayaxché. Creo que el ver a Nick, Kevin y George sentados a la orilla del camino, con cara de no poder dar un paso más de lo exhaustos que estaban, hizo que aquel chofer de camión parara y llevara todo el equipo aquel más cinco viajeros mugrientos y cansados. Pasando la noche en Chetumal, pudimos llegar a Mérida en ese camión. Muy a regañadientes, el chofer nos dejó

llevar todo nuestro equipaje. Él no iba muy feliz que digamos.

El panorama en camino a Mérida era muy distinto de lo que veníamos acostumbrados. Pasamos casa mayas en todo el camino, siempre con sus esquinas redondeadas y sus muros encalados, con sus techos de guano muy prolijos, no como los techos hirsutos del Petén. Todas las casitas estaban pintadas de rojo ladrillo hasta un metro de altura en todo alrededor. Pero viéndolas de cerca, pudimos darnos cuenta que no era pintura, sino que, curiosamente, la lluvia caía sobre la tierra roja y esto la salpicaba sobre los muros de manera muy pareja. Muchas de las casas tenían al frente cercas de piedra de un metro de altura. Muchas tenían pozos con tapa de madera, que tenían un sistema de poleas y cuerdas. La cubierta de madera cóncava, tenía un hueco al centro por donde podía entrar la lluvia, pero mantenía la evaporación a un mínimo.

Un pueblito que pasamos tenía un cementerio todo pintado de azul, y otro estaba pintado en ese hórrido verde París. Estaban bien ciudadados. Los mexicanos sí cuidan y veneran a sus muertos. De Mérida tomamos el tren a Palenque con todo nuestro equipo.

Nuestra casa ya estaba construida hasta la parte superior de las ventanas. Los métodos de construcción son muy diferentes a los que estamos acostumbrados en los E.U. Aunque mi dibujo de planta de la casa tenía indicados los sitios en que se pondrían los enchufes eléctricos, en México, cuando están ya terminadas las paredes de cemento, regresan a romper el cemento para hacer hendiduras para poner los enchufes. Es impresionante la manera en que construyen los techos de cemento. Primero, yerguen polines de madera verticalmente —a unos 60 cm. de distancia entre uno y otro— en el piso de cada habitación. Luego, clavan tablas de madera sobre los polines, vacían cemento encima y dejan allí los polines hasta que el cemento haya fraguado completamente. Luego tiran los postes con las tablas.

Ver a los carpinteros serruchando la madera parecía el mundo al revés. En lugar de serruchar hacia su cuerpo, serruchan hacia fuera. Es muy extraño. Cuando uno de los hombres me dio un serrucho para hacer el intento, mi corte quedó tan chueco, que se reían a carcajadas.

Esa Navidad llevamos a mi mamá a Hawai por dos semanas. Le fascinó, y a nosotros también. No había nada que hacer más que tirarse en la arena, nadar, comer delicioso, leer un buen libro (yo leí "Zinacantán" de Evon Vogt, que estaba recién publicado), ir a los campos de lava y mirar bailar a los nativos. Por otro lado, realmente queríamos ver si ya habían terminado nuestra casa en Palenque, así que, tan pronto regresamos a Pebble Beach, reservamos los boletos para regresar a México. Nos llevamos a Carolyn, mi nieta, que entonces tenía ocho años. La casa estaba casi terminada, pero aún no estaba habitable —no tenía electricidad, no había agua corriente, las puertas no tenían bisagras aún— pero estaba quedando muy bien. Los tres nos quedamos en una unidad de cuarto con baño que estaba cruzando la calle, con una hamaca colgante separada para Carolyn y otra para Yax Pek, nuestro perro que se creía persona, no perro. A él le gustaba todo lo que nosotros comíamos, especialmente la ensalada de lechuga con jitomate.

Hicimos un trato con Alejandro, si podía tener otro cuarto construido para el primero de junio, le daríamos el trabajo. Bob Rands y su esposa Bárbara vendrían el 1° de junio a trabajar conmigo (o yo con él), pero teníamos que tener una habitación lista para ellos.

Para el mes de junio, el día que los Rands llegaban, los trabajadores aún no



Bob y Carolyn llegan a Villahermosa

habían puesto la puerta de La Selva (nombre de la nueva adición que hicimos a la casa con una gran recámara y un baño), y la base de la cama todavía no estaba terminada. Estaba yo en el cuarto martillando los clavos para armar la cama, cuando Moisés Morales apareció por la puerta, entró volado al cuarto, agarró el martillo y terminó la cama. No podía soportar la idea de que una mujer trabajara construyendo algo. Yo estaba acostumbrada a usar el martillo, todavía lo hago; en mi casa no podían faltar martillo, serrucho, tornillos y un taladro.

Claro que Bob tenía muchos talentos —mantenía organizada nuestra biblioteca, contrataba a nuestros empleados, se encargaba de la correspondencia (tanto de la suya como de la mía), trataba con la gente de los periódicos, y cocinaba (de hecho, tomó la cocina como su nuevo hobby cuando nos retiramos a Palenque). Habiendo sido director de una preparatoria, y el decano de la escuela Stevenson durante tanto tiempo, tenía un excelente trato con la gente. Cuando yo trabajaba todo el día en la biblioteca preparando *La Escultura de Palenque*, y llegaban visitantes a la puerta, Bob inmediatamente les tomaba la medida. Si le caían bien, los invitaba para tomar algo a las 5:00 p.m. Sino, los despachaba. Pero usar un martillo y clavos, o cambiar un foco —esos no eran parte de sus talentos.

Trabajé en Palenque mucho antes de que construyéramos allá nuestra casa, y antes de casarme con Bob en diciembre de 1966, comencé a trabajar allí con Robert (Bob) Rands, ilustrando la cerámica de Palenque y haciendo calcas de las esculturas en junio de 1965.

El 9 de junio de ese mismo año, estuve en la ciudad de México. Había recibido mi permiso para hacer las calcas de Palenque, incluyendo la tumba y la tapa del sarcófago. Escribí en una carta a mi mamá: “Estoy segura de que podría entrar en China más fácilmente que obtener un permiso para hacer calcas en México. Tengo

suficientes documentos sellados, cartas y misivas con listones, como para llenar una vitrina; hasta las del abogado y de la Embajada de los Estados Unidos, pero finalmente tengo el "SÍ." Y no tengo que preocuparme de que alguien más quisiera hacer calcas en México, ya que nadie pasaría por todo esto, ni siquiera sabría cómo."

Los años que trabajé en las calcas de Palenque, produjeron algunas de las mejores que haya hecho en cualquier lugar del mundo. La escultura tan finamente detallada reprodujo excelentes



Bob se vuelve un experto panadero

reprodujo excelentes calcas. Cientos de las calcas de Palenque y de otros sitios han sido usadas por muchos arqueólogos y otros investigadores para ilustrar sus libros. Pude hacer excelentes calcas de todos los tableros de los templos, así como del Tablero de los 96 Glifos.

Solamente estábamos Bob Rands, Ed Sisson y yo trabajando en las ruinas. Con lo primero que comencé fue con la tapa del sarcófago, abajo, en la cripta del Templo de las Inscripciones. Nunca antes se había hecho una calca, y por ello nunca había sido fotografiada desde arriba, solamente en ángulo por Alberto Ruz. Cuando Bob Rands vio mi calca, dijo que era la primera vez que de hecho miraba claramente lo que estaba grabado. Trabaje encerrada bajo llave en la cripta, solamente con una linterna para alumbrarme. Fue todo un truco subirme en la tapa. Ya que las hojas de papel arroz eran grandes (de 1 x 2 metros), usé siete hojas para hacer la calca. También tuve que usar pintura de aceite, en lugar de tinta sumi; no había modo de que pudiera trabajar en tanto espacio y evitar que un área entintada se corriera hacia la otra hoja. Esto resultó en muchísimo trabajo al hacer esa calca, pero también me dio la oportunidad de intensificar el sombreado y resaltar detalladamente el contorno de la figura, lo que no hubiera podido hacer usando tinta sumi. Un par de semanas después de estar trabajando en la tapa del sarcófago, sentía que Pacal no era solamente mi amigo, sino un pariente al que hacía mucho que no veía.

Mientras que Rands y Ed estaban en las ruinas, yo me levantaba todas las mañanas a las 5:00, y Ed me recogía en la camioneta a las 5:30, demasiado temprano como para desayunar en algún lugar del pueblo. En el campamento donde trabajábamos, cenábamos plátanos, café y coca-cola. Mientras trabajé en la tumba, tenía que limitarme a una sola taza, ya que estando bajo llave, no había modo de salir si tenía la necesidad. El día que terminé la calca de la tumba, fue el mismo día que Ed y Bob se iban para Agua Clara por dos semanas, así que estuve yo sola



Bob Rands separa sus tepalcates

en las ruinas todo el tiempo que estuvieron fuera.

Un grupo de zoólogos de la Universidad de Kansas levantó su campamento frente al nuestro. Estaban haciendo un estudio de los parásitos que portaban los monos, los murciélagos, los venados y las serpientes. Los investigadores salían por las noches con sus brillantes linternas para cazar a los monos, les disparaban y los traían al campamento, y los colgaban en un lazo que tendieron en medio de nuestro patio. Yo había aprendido a querer a esas criaturas tan parecidas a nosotros y de ninguna manera me gustaba ver a esos alegres y bulliciosos amiguitos, colgando sin vida, cada vez que salía por la puerta.

Cuando Bob y Ed me dejaron sola, se llevaron nuestra estufa Coleman, nuestra tetera y la única olla que teníamos. También se llevaron las llaves de la camioneta. Tenía toda una penca de plátanos, veinticuatro botellas de coca-cola, y galletas que debían durar hasta que ellos regresaran. No teníamos agua, y el río estaba tan bajo que no había nada que beber; tampoco había lluvia.

Los zoólogos tenían una sandía que compartieron conmigo, y nos sentamos a platicar bajo el mismo árbol del que colgaban aquellos monos cual ropa en tendedero. También tenían un poco de agua, y lo mejor —café. Que también me compartieron.

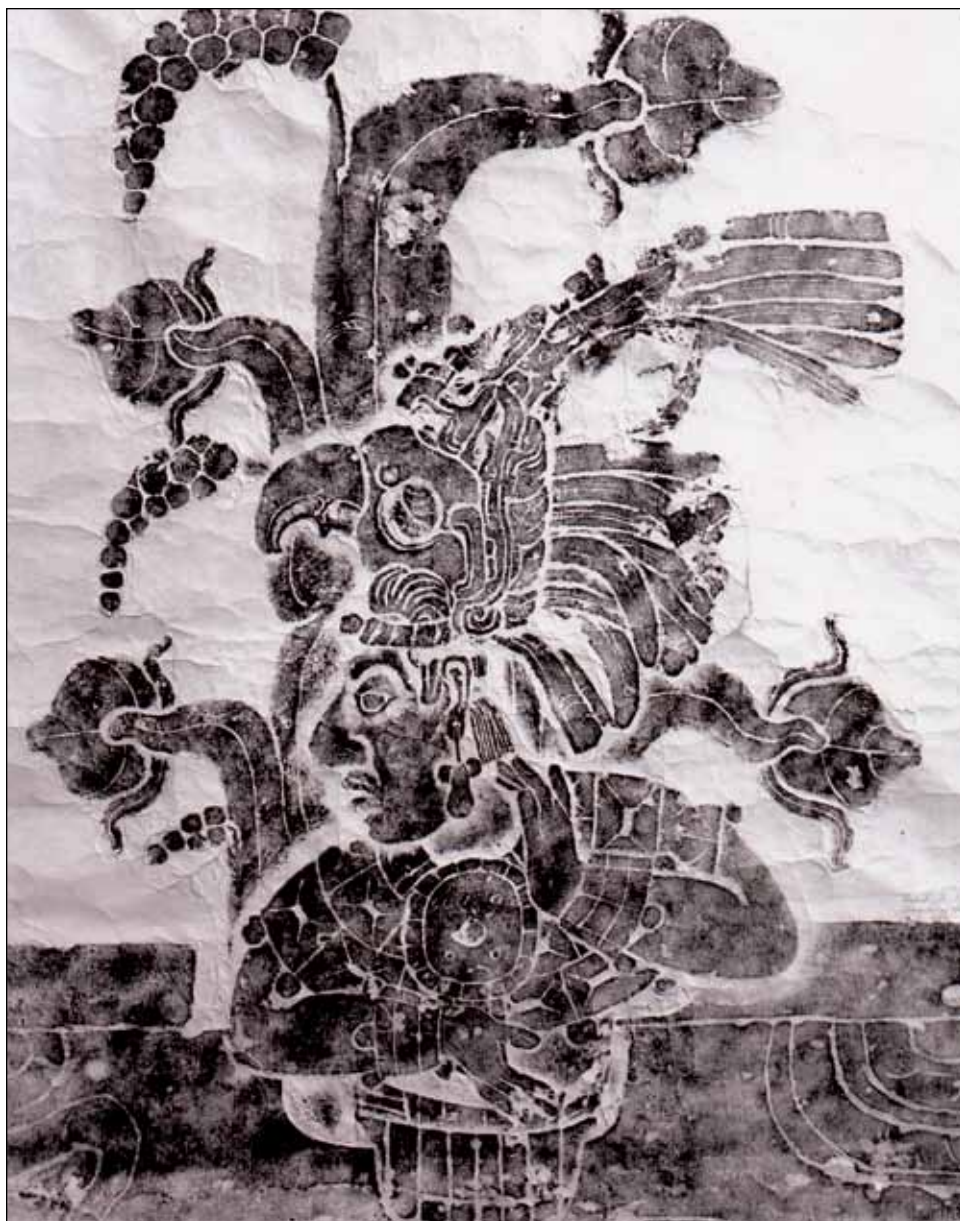
Mario León, el entonces nuevo jefe de la zona arqueológica, y su esposa Amalia, acababan de mudarse a una casita a la orilla del río, al otro lado del campamento. Se apiadaron al verme viviendo de plátanos, así que me invitaban a comer hotcakes (panqueques) y muy a menudo me llevaban café.

Para cuando regresaron Bob y Ed, yo estaba lista para hacer las calcas de los glifos alrededor del borde de la tapa y de las figuras a los lados de la tumba. No fue nada fácil tratar de hacer las calcas estando parada en el agua del suelo de la cripta, evitando que el papel se empapara, sobre todo porque el espacio entre el sarcófago y las paredes era muy reducido, apenas cabía yo parada allí. Todo el equipo para mis calcas tenía que estar sobre la tapa del sarcófago, lo que me hacía difícil alcanzarlo cuando lo necesitaba.

Pulgada a pulgada, conforme iban apareciendo los rasgos de los ancestros de Pacal, era como si estuviera hablando con aquellos reyes que habían muerto siglos antes —ahora los conocía, podía darles un nombre. Al estar sola en la tumba me sentía como en su mundo, muchos años atrás. Todo el tiempo pensaba en lo que debía haber sido el vivir en Palenque en sus días de gloria y prosperidad. Me



Tapa del Sarcófago



Calca de un lado del Sarcófago de Pacal

preguntaba cómo habrían hecho para encontrar o entrenar a tantos artistas tan buenos, y tantos dibujantes que diseñaron, construyeron y esculpieron templos como éste, modelaron con tanta precisión la figura humana —en tantas y tantas representaciones— e hicieron en sus paredes vívidas pinturas murales diseñadas y delineadas antes de pintarse. No fueron artesanos que aprendieron un oficio, sino artistas que vestían a sus figuras desde la piel hacia fuera, poniendo cada pieza de ropa como si se vistieran ellos mismos, poniendo una pieza encima de la anterior. Deben haber tenido maestros que les enseñaron asegurándose que cada cosa que

hacían era correcta. A menudo he pensado en lo acertado de la frase de Longfellow en “The Builders”:

*En los primeros días del Arte
Los constructores labraron con el mayor cuidado
Cada minucia y cada imperceptible parte,
Porque los dioses lo ven todo.*

MOISES MORALES

Palenque era también su gente, aquellos que vivían allí cuando llegué. La familia Morales se apoderó por completo de La Cañada —Moisés y Alicia con sus once hijos, y el hermano de Moisés, Carlos, con su esposa Socorro y su prole de diez. Yo era la única forastera, pero pronto me convertí en parte de esa grande y extensa familia —primos, tíos y abuelos. Aunque Bob, Ed y yo pasábamos mucho tiempo en las ruinas, renté uno de los cuartos de Moisés para dormir. Carlos nos daba de comer en su restaurantito de una sola mesa. Nunca sabíamos qué íbamos a cenar, pero siempre algo bueno; estaba segura que sería lo que iba a cenar la familia.

Esos primeros años que estuve en Palenque, Moisés me contó las historias más increíbles; qué tan ciertas sean, no tengo manera de saber, excepto que las dos primeras son verdad y parte de la tercera también, porque estuve allí cuando el hombre aquél estuvo como loco sobre del caballo frente a la casa de Mario.

Historia # 1: En el otoño de 1968, dos ex-chicleros de las cercanías de Palenque, fueron a Chinikihá y robaron un panel y la parte superior de una estela con todo y la figura. Dos hombres los vieron, por lo que se asustaron. Uno de los ladrones le dijo a Moisés lo que había hecho, y estaba muy preocupado de qué le iba a pasar cuando se supiera. Moisés le dijo que si hacía lo que él decía, iba a tratar de ayudarlo en lo que pudiera. Le dijo que trajera el panel y el fragmento de la estela porque irían (él y Moisés) a llevarlos al Palacio Municipal. Primero que nada, Moisés vería si el Presidente Municipal perdonaría al hombre aquél por regresar las piezas.



Moisés Morales

El Presidente estuvo de acuerdo en ayudar a recuperar las piezas, pero de cualquier manera quería saber quiénes eran los hombres que las habían robado y de todos modos quería ponerlos en prisión. Moisés le dijo al Presidente que no diría quiénes eran los hombres. Como el Presidente dijo que de cualquier manera los encarcelarían, Moisés le dijo que todo debía hacerse con sigilo, poner las piezas en su coche (del Presidente), llevarlas al Palacio Municipal, y luego decir a las autoridades que la policía de Palenque había descubierto a dos hombres robando unas piezas, pero que al tratar de

capturarlos se habían fugado.

Una de las piezas estaba en el camión de aquel hombre, y la otra estaba en la casa de su cómplice, la cual estaba rodeada por la policía. El señor había convencido a su vecino de ayudarlo apilando paja en una mesa que, por debajo tenía amarrada la pieza. Sacarla y llevarla a su casa. Y de allí fue llevada al Palacio Municipal. Moisés jamás dijo quiénes habían sido los saqueadores. Unos días después, hice un calca de ambas piezas en el Palacio Municipal.

Historia # 2: Unos cuantos días después, la policía agarró a Moisés y lo llevaron a la cárcel. Le preguntaron: “¿Tienes algo que decir?” Moisés dijo: “No tengo nada que decir.” La siguiente pregunta: “¿No quieres saber cual es tu crimen?” Respuesta: “No.” Y así siguieron por un buen rato, con los policías cada vez más enojados. Finalmente se llevaron a Moisés en avión a Tuxtla, a la espantosa cárcel estatal. Cuando salía de Palenque, no pidió ningún abogado ni nadie que le



La familia Morales en 1964. De pie (de izquierda a derecha): Kiki, Berto, Alicia, Moisés, Alfonso, Chato
Sentados: Aidee, Aracely, Adriana, Anabel, Amalia, Alicia Chica con la bebé Alhena



El panel robado de Chinikihá

ayudara. Me dijo: “¿Porqué he de defenderme, si no he hecho nada que amerite defenderme?”

Habían otros 150 prisioneros en la cárcel, por crímenes que iban desde asesinato, hasta haber robado unos pollos. Como no les daban nada de comer, un congresista amigo de Moisés enviaba diariamente grandes cantidades de comida, las cuales Moisés compartía con sus siete compañeros de celda.

La prisión era bien conocida por ser un verdadero asco, y porque eran bien sabidos los homicidios a sueldo que ocurrían dentro de sus muros. Moisés se hizo muy buen amigo de Anide, conocido como “El Tigre de Chiapas,” un jovencito convicto por asesinato que saldría de la cárcel cuando tuviera cincuenta y cuatro años de edad. Estaba lleno de cicatrices por todo su cuerpo, había perdido un ojo y tenía una cicatriz muy profunda en la cara, que iba desde la nariz hasta la frente, bien hendida en el hueso. Todo esto le había sucedido dentro de la cárcel, cuando recién había entrado, al tener una terrible pelea con uno de los convictos quien le enterró una varilla de fierro a través del estómago la cual salió por su espalda, y le dio un tubería en el ojo, dejándolo casi muerto. Sobrevivió. Se convirtió en el líder, quien mandaba en la cárcel. Hizo que los prisioneros construyeran una letrina decente, tallaran diariamente el suelo y las paredes, construyeran bancas y mesas, e insistió en terminar con las matanzas de los unos y los otros. Sabían que obedecían, o se morían.

Cuando el juez liberó a Moisés de prisión, le preguntó si había robado las

piezas. Moisés contestó: "No." También le preguntó si podría robar algo como eso. Y Moisés contestó: "Supongo que podría si supiera con seguridad que no me iban a agarrar, pero soy un cobarde y tengo miedo, y no me gusta estar en la cárcel." El juez le dijo: "Eres un hombre honesto." La respuesta fue: "No, no lo soy." Entonces el juez dijo: "Sí, lo eres. Quien admite que no lo es, es un hombre honesto."

Moisés terminó por convencer a la Junta de Gobierno de que redujeran la sentencia de Anide a diez años, con base en todo lo que había hecho en beneficio de la cárcel. Pero Anide murió unos pocos años después de este evento. Esta historia es parte del relato, tomado de mi cuaderno, en una versión mucho más larga que escribí cuando Moisés me la estaba contando.

Historia # 3: Resulta que estaba yo en las ruinas un día, cerca de la casa de Mario León, cuando un verdadero loco, Harry Tangy, llegó a todo galope y un gran sombrero, dando giros y haciendo piruetas a caballo frente a la casa de Mario, actuando como loco, subiendo los escalones y metiéndose a su casa y saliendo y entrando de nuevo varias veces. Parecía que Mario no podía hacer nada, pues le habían dicho que Harry era alguien muy importante, que podía estar a sus anchas en las ruinas y hacer lo que le placiera. Como era domingo, habían muchas familias de mexicanos haciendo día de campo en esa área, por lo que Mario estaba muy avergonzado. Harry llevaba a su novia con él, Juliete Echanez. También tenían un permiso para hacer una calca. No tengo idea quién haya podido darles el permiso, pero realmente me preocupé cuando pusieron la tela encima del monumento y empezaron a pasar un crayón encima. Estaba segura que iban a dañar la piedra.

Ahora Moisés me contó lo que pasó luego. Poco antes, Moisés había sido acusado de robo de artefactos, lo cual no hizo, pero Juliete y Harry sabían al respecto.

Llegaron al restaurante y se presentaron con Moisés, diciéndole que tuviera cuidado porque podrían causarle muchos problemas. Le dijeron que estaban en el negocio de la compra-venta de artefactos, y que más le valía no delatarlos. Le dijeron que iban para Bonampak, sacaron un fajo de billetes (mil dólares) y le dijeron que serían suyos si cooperaba. Moisés les hizo saber que no estaba interesado en cooperar con ellos. Harry le dijo que iban a ir al Hotel Palenque, y que debería ir con ellos porque tenía algo que quería mostrarle. Una vez en el hotel, Harry llevó a cabo una transacción frente a todo el mundo, de esa manera, estaba implicando a Moisés.

Al día siguiente, llegó un citatorio para Moisés y Carlos, por lo que se fueron a la Ciudad de México a ver a un abogado. Se les dijo que debían ir con su abogado a casa de Juliete y Harry. Aquello era un palacio de tres pisos, lleno de artefactos, estelas, cerámica y mucho más. Al morir el esposo de Juliete, les había heredado en partes iguales a ella y a sus dos hijas. Cuando Harry aparece en la escena, era evidente que pensaba irse con la mayor parte posible. Una noche, los dos yernos atacaron a Harry y casi lo matan. Lo tuvieron que llevar a Chicago en un avión privado. Cuando me contaban esta historia, el hombre todavía estaba en el hospital en estado crítico.

Historia # 4: Parece que una mujer amiga de Moisés, insistía en que tenía un jaguar por compañero de vida. Un jaguar real, que la amaba y al cual ella también amaba muchísimo. Ella lo podía visitar en la selva cerca de Palenque cada día. Un día él desapareció, lo cual la puso sumamente triste. Le dijo a Moisés que seguramente estaba herido y que tenía que encontrarlo. Cada noche ella iba a la selva y lo llamaba. Un día ella tampoco regresó, por lo que Moisés se fue a

buscarla. Después de varios días de buscarla, la halló muerta abrazada a un jaguar. Bueno, esa es su historia.

Y al hablar de Moisés, no puedo dejar de mencionar el que se enamoraba de cada mujer bonita que llegaba a Palenque, especialmente si eran francesas. Él le dijo a su esposa Alicia que esa era su manera de ser, así que tenía que aceptarlo. Y bueno, ¿qué podía hacer Alicia con once hijos por criar? Nada.

A pesar de todas las locuras y defectos de Moi, él era el único que siempre estaba allí cuando se le necesitaba. Si estabas enfermo, necesitabas un doctor, medicinas o había algo que debía arreglarse, Moi venía a cualquier hora del día o de la noche para ayudar.

Algo por lo que Palenque, o más bien La Cañada era conocida, era por sus fiestas. Con cualquier excusa o pretexto se hacía una fiesta. Las fechas usuales como Navidad o Pascua eran solamente el comienzo. El cumpleaños de alguien, el santo de alguien, el nuevo bebé, el nuevo coche, el nuevo perro, el nuevo traje o vestido, la carta de un viejo amigo después de mucho tiempo, pero especialmente, si alguien iba a venir de visita, o llegaba de improviso. Los asados del vecindario era lo que se hacía los domingos. Delgadas rebanadas de carne de res a la parrilla, entre tortillas, con mucha salsa, cerveza y tequila (aunque yo no lo tomaba) y ron con coca (cuba libre) para mí. Si se trataba de una fiesta seria, había una marimba, o sino, guitarras. No había límite de edades. Todo el mundo venía. No eran fiestas en las que los niños no participaban. En realidad no era importante el tener o no una invitación, si conocías a la persona, solamente llegabas y listo; si no los conocías, ibas con alguien que los conocía y listo. Si la invitación decía: Cena a las seis, no se esperaba a nadie hasta las siete, las ocho o las nueve.

Una de esas fiestas de “*impromptu*,” se celebró una vez que tuvimos que mover el poste del teléfono para poner un nuevo árbol frente a la casa. Esa hazaña necesitó a todos los varones de La Cañada para mover el poste, lo mismo que para plantar el árbol —así que por supuesto que hicimos una fiesta, esta vez todos los señores en ropas sucias.

David Morales, primo de Alfonso, fue el artista de Palenque quien modeló la gran cabeza maya de cemento blanco que está en la intersección de los caminos que van hacia las ruinas y hacia el centro de Palenque. Alfonso y el Chato (hermano de Alfonso) también echaron una mano a la escultura. Hoy día, sirve como punto de referencia para los turistas que llegan a un lugar desconocido.

LA DRA. SHIELDS

Conocimos a la Dra. Karena Shields, médica especialista en enfermedades tropicales y antropóloga de la Universidad de San Diego. Su padre, en un momento dado, fue propietario de todo el terreno de los que hoy es la Zona Arqueológica de Palenque. Ella tiene un rancho en un valle a donde debe llegar en avión un trecho, y luego a caballo por más de una hora hasta el rancho.

Nos platicó de un viaje que hizo a pié sobre un *sacbé* (camino maya), desde Yaxchilán hasta Ciudad Antigua en Nicaragua, siguiendo un cierto tipo de marcador, el mismo que habíamos visto en Yaxchilán. El “*marcador*” era un disco de piedra de unas 20 pulgadas de alto y lo mismo de diámetro, con un hueco labrado al centro. Nos dijo que esos marcadores estaban dispuestos a 20 millas de distancia entre uno y otro hasta Nicaragua. George Wing, mi estudiante, se interesó en lo que ella nos decía, convencido que la mujer sabía de qué hablaba, aunque

ningún arqueólogo en realidad lo estábamos. La Dra. Shields tenía muchísimas ganas de encontrar un arqueólogo joven que quisiera seguir el mismo camino que ella, treinta años atrás, y no había tenido mucha suerte de encontrar a alguien dispuesto a recorrer ese largo camino, si es que existe tal. Estaba esperanzada en convencer a George para que fuera, pero él tenía que pensar en su ingreso a la universidad.

LA VIDA EN PALENQUE

Pasaron tantas cosas en Palenque, especialmente después que hicimos nuestra casa Na Chan-Bahlúm. Desde el comienzo, Chencho Cruz Guzmán fue mi brazo derecho en todo cuanto trabajé en Palenque. Cuando estaba registrando las esculturas de la crestería del Templo del Sol, él sostenía la escalera en la que estaba yo parada, haciéndola lo más atrás posible para que pudiera yo ver lo que hacía. Nunca tuve miedo, ya que siempre supe que Chencho jamás me dejaría caer.

Na Chan-Bahlúm se convirtió en el lugar de encuentro para cada arqueólogo que trabajaba en Chiapas, en la Península de Yucatán, y en Belice; y también fue el sitio que recibía a multitud de huéspedes de todo el mundo. Unos se quedaban unas cuantas horas, otros unos cuantos días y otros unas cuantas semanas.

Uno de esos visitantes fue el etno-micólogo Gordon-Wasson, autor de *Soma: Hongo Divino de la Inmortalidad*, y de *María Sabina y su Velada Mazateca de Hongos*, quien vino a entrevistarme acerca de mi investigación de los hongos alucinógenos del Usumacinta, que se refiere a una ceremonia lacandona.

Wasson me preguntó de mis hallazgos, y había ido con un guía a Lacanhá. Estuvo allá media hora preguntando a los indios acerca del ritual que describí. Claro que no le dijeron nada —llegando así en una avioneta, un desconocido, con un guía local. Wasson, su esposa, mi Bob, Bob Rands y yo, pasamos un par de noches sumamente agradables platicando con él y tomándonos unos cocteles en el porche de Na Chan-Bahlúm.

Eric Talladoire y su esposa, de la Sorbonne de París, siempre paraban en la casa de camino a Toniná. Estuve haciendo calcas del material de Toniná mientras que él



Chencho

estuvo allí. Y también cuando Claude Baudez, también de la Universidad de París, estuvo allí. Luego estuvo Annagrette Hohmann de Graz; Beatriz de la Fuente, de la Ciudad de México (la primera historiadora del arte en trabajar en Palenque); Paul Gendrop, también de la Ciudad de México; y David Kelly y Karen Bassie-Sweet de Calgary. Karen también fue una pieza crucial en las Mesas Redondas de Palenque. Ursula Jones y Andrew Weeks venían a menudo de Londres, así como Hans-Jurgen Kramer de Alemania.

No debo olvidar a George Stuart, quien anduvo por Palenque tantas veces, que no puedo precisarlo, ni aquel verano que David y su madre Gene pasaron con nosotros. Gene estaba escribiendo acerca de los osos polares en pleno calorón de Palenque mientras que David sufría con los jeroglíficos en la biblioteca, y Linda lo regañaba: "tú arréglatelas como puedas para entenderle."

Me acuerdo muy bien de una ocasión en la Ciudad de México, que una vieja librería muy famosa había quebrado y estaban rematando todo, George tan fanático de los libros como yo, con David y conmigo vestidos los tres en pantalones blancos, estábamos sentados en el suelo todo mugriento escogiendo libros, con el trasero cubierto de tizne.

Linda Schele, quien entonces era profesora de arte en la Universidad de Alabama, iba de paseo en coche por México con su esposo David y uno de sus estudiantes. Tomaban fotografías de las ruinas de México para el archivo de la escuela. Cuando llegó a Palenque se quedó fascinada, como me había pasado a mí también. La mañana en que partieron a Uxmal nos despedimos con la esperanza de volvernos a ver. A las cinco de la tarde, adivinen quién apareció por la puerta: Linda. Habían ido a Uxmal, pero se dieron la vuelta y regresaron a Palenque. Este fue el comienzo de una larga, muy profunda amistad entre nosotras. Eventualmente, Linda hizo construir un cuartito atrás de la casa, pero nunca tuvo oportunidad de usarlo, ya que siempre estaba ocupado por alguien más. Así que ella vivió con Bob y conmigo cada vez que fue a Palenque. Me ayudó muchísimo con las fotografías, así como también John Bowles, Alfonso Morales, Malcom Cleary (la estrellita marinera de Bob en las carreras de pista de la Stevenson), y Gilet Griffin de Princeton.

Lo mejor para Linda y para mí, fue la compañía, compartir nuestras ideas, y simplemente divertirnos, encontrar un día todas las respuestas a los enigmas de Palenque, y cambiar de parecer al día siguiente. Linda y yo estábamos prácticamente de acuerdo en todo, pero cuando no lo estábamos, acordábamos estar en desacuerdo. Conversábamos largo y tendido por teléfono en las noches. Con Linda nunca pasaba nada antes de las 11 a.m., pero a



Linda Schele



Tomando fotos de noche



Mi equipo de fotógrafos:
John Bowles, Merle, Alfonso Morales, Bob, Linda



Fotografiando las pilastras de la Casa A

media noche no había ningún problema. También estaban las cartas “Crazies,” pedacitos de información entre Linda, Floyd Lounsbury, Mike Coe, Betty Benson, Dave Kelly y yo. Todavía conservo muchas de ellas.

Pasaban un montón de cosas en Palenque, que también eran sumamente divertidas. Por ejemplo, el verano en que Peter Mathews estaba viviendo en Na Chan-Bahlúm con nosotros, cada mañana antes de desayunar, y quiero decir cada mañana, Bob y Peter jugaban una partida de cartas loquísima, casi imposible de ganar. Llevaban una libreta en la cual registraban diariamente su puntaje. Ninguno ganó jamás.

Me habían estado azuzando, tratando de convencerme para jugar, pero no iba a jugar su estúpido juego. Finalmente dijeron: “Ándale, juega con nosotros una sola



Wiggie y David Andrews, de 6 y 4 años, ayudando en su primer proyecto arqueológico, el Proyecto Florida

vez y ya no te volvemos a insistir.” Así que dije: “Bueno, una sola vez y ya.” Jugué. Gané. ¡Vaya que se enojaron! Dijeron que era pura casualidad y que no podría pasar de nuevo. Debía jugar otra partida para que el asunto fuera justo. Pues bien, jugué una vez más. Gané. Me reí muchísimo. Claro que ellos no pensaban que era algo como para reírse. Estaban furiosos. Ni siquiera me dirigieron la palabra en todo el día. —Nota: tampoco me volvieron a pedir que jugara con ellos otra vez.

EL PROYECTO DE FLORIDA

Además de hacer calcas, ilustraciones de cerámica y fotografías de todo en Palenque, me las arreglé para poder pintar también y estar en el Proyecto Florida del Fondo Nacional de las Artes. Se hicieron réplicas de 7/8 del tamaño original, primero en arcilla y luego vaciado a moldes, de dos pilastras del Palacio, el Recinto de la Serpiente Bicéfala de la Casa H, y un medallón de la Casa C. Mark Turner y Peter Mokler fueron de gran ayuda al hacer esto, al trabajar en las casitas construidas frente a cada pilastra.

El Museo del Estado de Florida envió un par de ayudantes quienes sabían trabajar con el peligroso material necesario para hacer los moldes. Mucho de esto se tenía que hacer antes de las ocho de la mañana, antes de que el calor se hiciera muy intenso. Como no teníamos tiempo para desayunar, llevábamos un exprimidor de naranjas y bebíamos continuamente jugo de naranja. Compramos costales y costales de naranjas. Estas réplicas se ponían luego en cajas de caoba, y se enviaban a Gainesville para instalarse allá en el Museo. Hice tres pinturas de 1.80 metros. De altura, mostrando cómo Palenque debía haberse visto en su época de florecimiento.

Como Wiggie y David Andrews, de seis y cuatro años respectivamente,



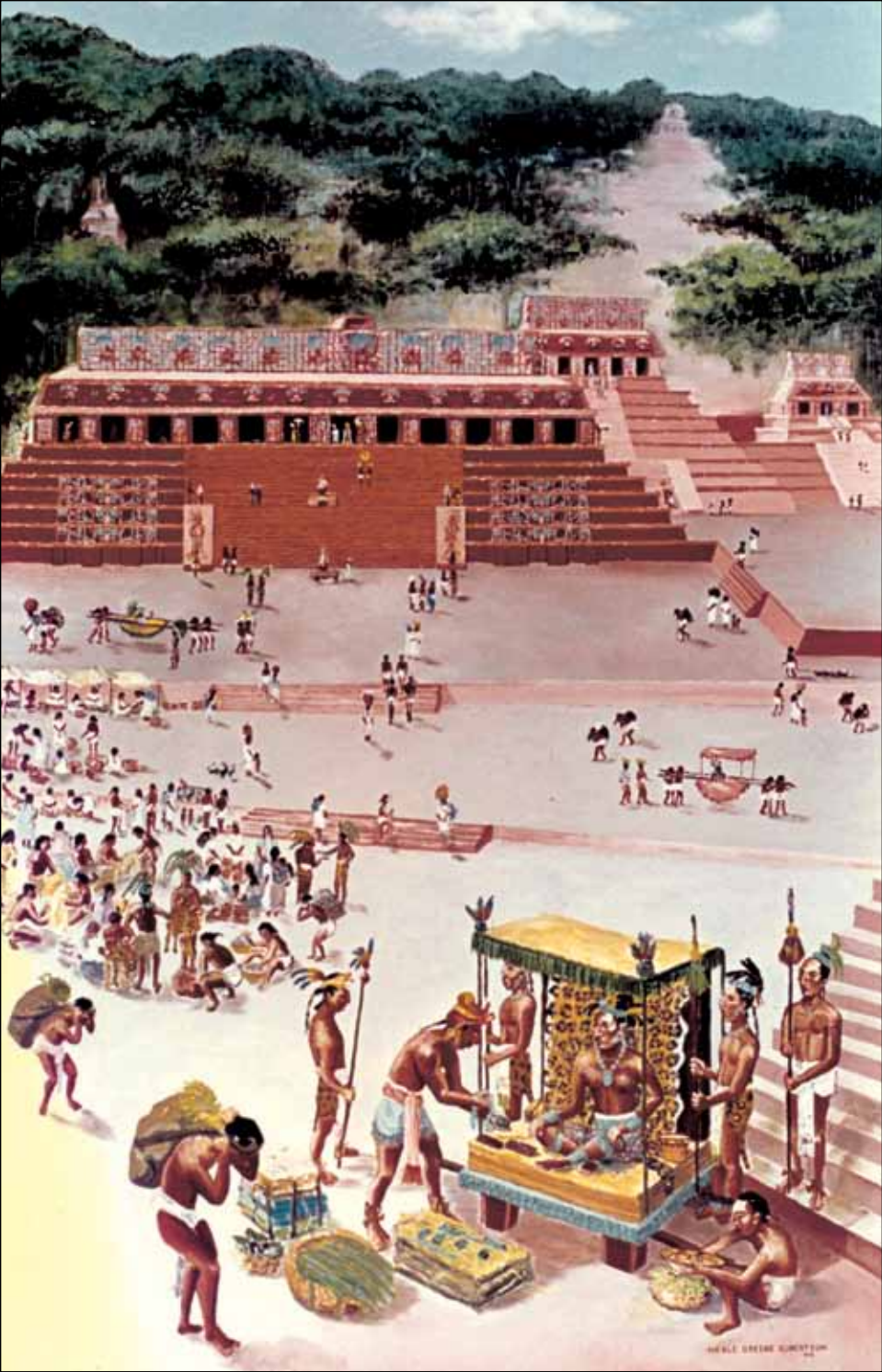
Haciendo una réplica de una de las pilastras para el Museo Estatal de Florida

estaban allí con nosotros, los puse a trabajar en su primer proyecto arqueológico, cortando gasas y poniendo barniz a los moldes. Su mamá Joann, estaba en casa recuperándose de unas quemaduras terribles causadas por el radiador hirviente de su carro. Tuvimos una Pascua feliz con Modesta que hizo el pavo estilo yucateco.

Las dos pinturas reconstructivas que hice, "Comercio Antiguo en Palenque" y "El Templo del Sol," se ven pequeñas en la página impresa, pero en realidad miden 1.80 metros. Lo mismo que la tercera de estas: "La Vida de la Familia Maya," que se encuentra en Victoria, en la casa de David Greene. Estas pinturas fueron hechas para el Museo del Estado de Florida en Gainesville, en 1976, y allí residieron por 25 años, junto con las réplicas que hice de las pilastras de Palenque, del Recinto de la Serpiente Bicéfala y un medallón de la Casa C. Hice esas pinturas cuando viví en Palenque, trabajando todo el día en ellas, y al caer la noche, todos los arqueólogos que estuvieran trabajando allí se unían en la sesión de crítica. Me acuerdo de una ocasión en la que Bob Rands me dijo: "Merle, no puedes tener esa vasija que está en el extremo inferior izquierdo, porque todavía no ha sido hallada." La residencia de esas dos pinturas ahora es en mi departamento.



Mi pintura reconstructiva del Templo del Sol



Mi pintura reconstructiva del comercio de Palenque